

AÑOS DE NIEBLA

FERNANDO PALAZUELOS

TARTALO

Telémaco le dijo a Atenea: Busco noticias de mi padre. Nadie es capaz de decirme dónde yace muerto, si ha sucumbido en tierra firme a manos de enemigos o entre las olas de Anfitrite. Por eso vengo a ti, por si deseas contarme su luctuosa muerte, la hayas visto con tus propios ojos o hayas escuchado el relato de algún caminante. (...)Y no endulces tus palabras por respeto ni piedad. Antes bien, cuéntame con detalle cómo llegaste a verlo. Te lo suplico, cuéntame la verdad.

**ODISEA
HOMERO**



Los niños tienen la facultad de formular con sencillez preguntas profundas. Su hija quiso saber por qué se quedaba absorta mirando esa estatuilla, como si leyera una historia.

–Es importante para mí.

–¿Por qué?

–Eres joven todavía.

–Ya tengo doce años.

–Cuando tengas quince y tu hermana diecisiete, os lo contaré.

–¿Prometido?

–Prometido.

Así concluyó la conversación.

Celia imaginó que con el tiempo su hija se olvidaría. Pero por si acaso debía releer sus cuadernos y reordenar los recuerdos. Tenía tres años para pensar en ello. A sus hijas les serviría para comprender las raíces, la razón poderosa de la existencia, las fibras de la personalidad.

Pensó que podría contarle todo a su cuñada, autora de varios relatos excelentes, o a su amigo F, que desde hacía dos décadas se dedicaba a la literatura. Lo sopesó y finalmente contactó conmigo. Hablamos con calma y me hizo su propuesta. Me interesó. Concertamos una serie de entrevistas y me facilitó sus cuadernos, además de otros materiales guardados en una carpeta: fotografías, postales, un plano plegado... Si acertó o no con su decisión de confiar en mí como compilador y redactor de todo, no seré yo quien lo diga.

La escritora Lenka Reinerová esperó cincuenta años a poner por escrito una terrible experiencia vital. Con lucidez sorprendente redactó siendo octogenaria lo que vivió a los treinta años. Pese a esa distancia temporal, sus páginas nos conmueven. Porque su voz es actual. Su pensamiento, vigente. Nos situamos con ella allí, en esa realidad gris y fría que se convierte en un aquí y ahora, en un presente tangible que nos duele. El horror es narrado con eficacia porque lo vivido ha macerado durante años. La esencia ha sido destilada.

Celia llenó dos cuadernos. Pasados más de veinte años, los estaba releendo y recuperaba matices del fondo de la memoria.

Comenzó a consignar algunos datos en aquel hostel de Lisboa. “Cierro los ojos y puedo recordarlo con nitidez —me dijo—. Me veo sentada en el borde de la cama, detenida en la quietud de la tarde lluviosa como si recreara la atmósfera introspectiva de un cuadro de Hopper”.

¿Tiene sentido narrar algo sucedido entonces? Sí. Algunas cosas están revestidas por un barniz intemporal. Siempre son actuales los asuntos que rigen al corazón. Las vivencias que marcan. Los nudos del determinismo. Lo sabe ahora,

cuando la edad de sus hijas le invita a completar aquellas anotaciones y los recuerdos que guarda con celo. Para que ellas comprendan.

Celia se embarcó en una búsqueda imposible. Pero incluso en el estricto silencio cósmico la tenacidad humana es capaz de aportar un punto de luz y de esperanza.

Somos títeres sometidos a extraños designios, a voluntades súbitas y al instinto. Lo mismo estamos marcados por heridas y contingencias que por la euforia del amor.

Una indisposición obligó a Celia a salir de la oficina a media mañana. Llegó a casa a una hora inhabitual. El largo pasillo impidió que Alfonso oyera la puerta al cerrarse. Celia escuchó ruidos. Caminó intrigada hasta la puerta entornada del dormitorio y se quedó paralizada al ver a su pareja con una mujer cabalgando sobre él.

Permaneció en la penumbra, contemplándoles sin que se percataran de su presencia al otro lado de la rendija. Cuando terminaron, mientras se lamían el cuerpo el uno al otro, empujó la puerta con un dedo.

—Antes de marcharos —dijo con voz de autómatas sin apenas batería—, quitad por favor las sábanas.

Fue a la cocina y echó a un vaso de agua una pastilla efervescente. Necesitaba mitigar la fiebre y el dolor de cabeza. Extravió la mirada más allá del cristal de la ventana.

Se encontraba fatigada y vacía. Minutos después, ya vestido, Alfonso le dijo adiós con una mirada estúpida. No logró articular ni una escueta despedida. Celia imaginó que regresaría a por sus cosas en otro momento, cuando ella no estuviera.

“Alfonso me dejó por aquella mujer —me explicó—, una hembra alfa segura de sí misma, satisfecha de su físico impecable”.

El caos conjugó su ingenio atacando dos días después con perverso sentido del humor: le informaron de que no podían renovarle el contrato. En el gabinete de arquitectura le aseguraron que si les adjudicaban dos proyectos previstos la llamarían.

Estos dos hechos le inocularon una fulminante sensación de fracaso. Embebida en este fatalismo, solo le quedaba esperar una señal, algún indicio de que su vida podía ponerse en marcha de nuevo. Dedicó un par de días a redactar y a enviar su currículum a varios despachos técnicos. Pese a su brevedad le resultaba pretencioso, quizá porque uno intenta resumir su andadura ensalzando virtudes de las que se duda en secreto.

Comenzó a rumiar el asunto de la familia unos meses antes, durante la convalecencia de su madre. La quimioterapia fue una dura prueba para ella, y aún más lo fue la mastectomía. Una enfermedad grave hace pensar en asuntos que habitualmente se arrinconan. Poco después Celia dio con una frase de Joubert: “Debemos compensar la nostalgia con el recuerdo, porque la memoria es el espejo donde miramos a los ausentes”. Estas palabras, junto a los pensamientos sobre la muerte y los progenitores, la incitaron a rastrear la maraña de sus raíces.

Se tomó en serio esa labor cuando llegó su propio naufragio. La ociosidad derrumba a las personas activas. Por eso se ocupó de componer su árbol genealógico. En el Registro Civil consiguió partidas de nacimiento, actas matrimoniales y certificados de defunción. Otros datos los rescató de los archivos diocesanos de tres provincias distintas. Halló los detalles más sentimentales en la memoria de los parientes mayores, atosigados por sus preguntas acerca de lugares, profesiones y anécdotas. Fue engrosando una carpeta con notas, fechas, fotocopias y duplicados de viejas fotografías.

Sus hermanos y su mejor amiga entendieron esta iniciativa como una mera distracción, o peor, una táctica evasiva de la realidad. Pero a Celia le sirvió para mantenerse a flote. Le dijo a su hermana Olga que agarrada a aquella carpeta repleta de datos familiares al menos podría permanecer a la deriva. Mientras tanto, esperaba una llamada telefónica que la sacara de vía muerta.

Esta respuesta del destino continuaba sin llegar. Por contra, los progresos en su recopilación iban aumentando. Su abuela materna, Nicanora, era la asignatura pendiente. ¿Cómo abordarla? ¿Cómo penetrar esa coraza suya? Latía una pregunta que con los años adquirió una densidad considerable: ¿Quién fue el abuelo Teo? “Mi madre no conoció a su padre”, aclaró en la primera cita que mantuvimos. ¿Qué sucedió para que ese hombre dejara una profunda huella en ambas mujeres? Una herida jamás curada del todo. ¿Quién fue?

Aunque Nicanora hablaba poco de su juventud, Celia ansiaba encaramarse para mirar al otro lado de un muro. Con el tiempo, los datos y los recuerdos se desvanecen, pero el pasado es el lógamo que determina el presente. Allí germinaron

las semillas de la causalidad. Todo anciano se ve como la sombra de lo que fue. Siente sobre sus pensamientos el peso del tiempo, en los huesos, en los gestos.

La tradición hindú considera que es una desgracia no tener hijos. El padre y la madre creen que por su participación en la tribu o la familia son inmunes a la muerte, a la que están sometidos en cuanto individuos. El ser humano es finitud, puro tránsito. Pero si deja algo valioso tras él siente que su trayecto vital ha merecido la pena. Eso anotó Celia en uno de sus cuadernos. En el ámbito de sus propios antecesores, estas interpretaciones chocaban con el obstinado hermetismo de su abuela Nora. Su silencio era una especie de juramento que la mantenía encajada en una ética estricta, un control absoluto de sí misma. Se sometía a él igual que un médico se somete al código hipocrático o un sacerdote al secreto de confesión.

Su madre no sabía mucho del periodo de casada de la abuela. Siempre mencionaba su fuerte temperamento. Su actitud huraña alimentaba esa imagen de que carecía de pasado y de lágrimas, que según ella las tenía agotadas. Ahora bien, cuanto más pensaba Celia en estas palabras mayor era su convencimiento de que sus ojos de ámbar escondían algo tormentoso. Algún suceso terrible que le apagó la fe en el ser humano.

“¿Hay algo más sugerente que un pacto de silencio?”, me preguntó, dando a entender que ahí radicaba el estímulo de su empeño. Tal vez tuviera razón. Detrás de una consigna semejante late una reserva sagrada. Y una persona tenaz se siente incitada a despejar tales brumas.



io. No
llegarás a nada, me dijo al entregarme aqu... examen de
química que me salió tan mal. Me preparé tan a conciencia
para la recuperación que obtuve un sobresaliente. Esa fue
mi respuesta. Actué con coraje por el estímulo del rencor.
Ahora la vida me ha zarandeado. Actuando con arrojo
desalojaré a mis fantasmas. Debo superarme, construirme.
Mis cimientos asentaron con fragilidad por nacer en una
casa llena de carencias. Pero la tenacidad puede
reconstruir mi autoestima.

El tiempo solo es una abstracción, extraña perspectiva con dos puntos de fuga irreconciliables. Por delante, la difusa imagen de lo venidero, siempre indiscernible. Por detrás, los fotogramas del pasado, muchos de ellos deteriorados o perdidos en la niebla.

La abuela Nora residía en un quinto piso de la calle Tendería. No se quejaba de los muchos peldaños ni de sus huesos descalcificados. Sobrevivía encapsulada en sus manías. No le importaba el mundo ni las expectativas de futuro. Menospreciaba el progreso y renegaba de los administradores de la sociedad, según ella fantoches que bailan al son de la pandereta norteamericana. Al pasado le selló la boca con un cerrojo de siete vueltas, y a la esperanza la mandó al cuerno hacía mucho tiempo.

Se pasaba el día cosiendo, ocupación que fomenta hilvanar pensamientos y trenzar evocaciones. Admitía las visitas, pero con los varones de la familia era muy reservada. Sus hermanos apenas la visitaban, pero Celia procuraba subir a

casa de la abuela de vez en cuando. El cariño quedaba por debajo de su modo de hablar seco y desabrido. Ella aprendió a intuirlo.

Nora apenas salía, salvo para acudir a alguna consulta médica o para graduarse la vista. En su guarida dirigía las tareas de coser dobladillos y confeccionar mantillas y chichoneras de cuna. Trajinaba durante nueve horas al día junto a las dos mujeres que vivían bajo su techo, mujeres a quienes ofreció asilo tiempo atrás. Las tres trabajaban junto al mirador, acompañadas del traqueteo de sus máquinas Alfa, el soniquete de la radio y algunos suspiros alternos.

Las tertulias radiofónicas y aquellas dos compañeras le bastaban a Nora para relacionarse con el universo. Ellas realizaban las compras y llevaban los encargos a los comercios con los que negociaban. Eran más jóvenes que ella, aunque ambas sobrepasaban los sesenta. Josefina se hartó de su vida sumisa. Abandonó a su esposo, un hombre rubicundo que la maltrataba. Tomó el primer tren que salía de Santander. En Bilbao, tres días después, conoció a Nora. Cuando ella supo su historia no dudó en acogerla para que iniciara una nueva vida. El caso de Eusebia fue distinto. Era prostituta. De sopetón, como quien hastiado de toser abandona el hábito del tabaco, un veintinueve de febrero dejó el oficio. Aquel día creyó escuchar una voz emergiendo de los labios de una talla de Jesucristo de la Quinta Parroquia. “Hasta en ti cabe la virtud”, aseguraba que le dijo. Y clausuró allí mismo una década de penuria, convertida de la noche a la mañana en una mujer con un proverbial sentido del decoro. A la espalda encorvada de una y la presbicia de la otra había que sumar la artrosis de Nora, que le engarfiaba los dedos. Esas taras

iban mermando sus habilidades. Pese a ello, comentaban que seguirían cosiendo hasta ver llegar a la mismísima Muerte. Incluso le arreglarían los bajos a su faldón desvencijado, solían decir bromeando.

Según la madre de Celia, con quien mantuve dos encuentros, Nora era incansable. “Actuaba como si su casa fuera un taller clandestino que hubiese de mantener a flote más por honor que por necesidad”. Esta idea era una raíz de autoestima y orgullo, algo que podría parecer puro empecinamiento pero que en las personas heridas por la vida se erige como argumento de subsistencia, consolidada razón de ser. Siempre rechazó los ofrecimientos de vivir con su hija.

Era una mujer arraigada en sus principios, perseverante e inflexible. No claudicaba jamás. Esto la teñía con la apariencia de la terquedad. Nunca le gustó el término *abuela*, de modo que toda la familia la llamaba por su nombre o por la mitad del mismo. No les resultaba extravagante.

Nicanora. ¿Qué ocultaban sus pupilas? La sensatez le sugería a Celia retirar su plan de acción y dejarla tranquila, pero su silencio sobre el pasado la atraía con la tenacidad de un imán. ¿Debía obedecer a su intuición? ¿Había en realidad algo que buscar? “Estaba decidida —me explicó—. Una tarde nubosa de marzo subí los cinco pisos con mi carpeta bajo el brazo y llamé al timbre”.

Escuchó sonidos metálicos de pasadores y cerrojos. La puerta se abrió y asomaron por el umbral sus ojos de color miel.

—Buenas tardes, Nora.

—Hola, Celia —saludó la mujer con voz seca desde la puerta entreabierta.

Su voz siempre le parecía joven. Una voz de engaño, que no parecía corresponder a su edad. En los últimos cuatro meses solo la había visto una vez. Sus ojeras parecían quemaduras. Sus labios, los bordes de una cicatriz. Recordaban los rasgos de una persona que ha permanecido enrabiada durante lustros, habituada a gestos de ira contenida o de dolor.

—¿Qué quieres?

—Saludarte y charlar contigo. ¿Necesita tu nieta un motivo para visitarte?

—¡Maldita sea tu estampa! —se quejó, haciendo un mohín—. Menos bromas. Tu madre me ha dicho que te has quedado sin trabajo. ¿No deberías estar recorriendo la ciudad, buscando bajo las piedras?

¡Ah, Nora!, pensó Celia. ¡Qué ejemplo del desolador paisaje de la vejez!

—Las cosas no funcionan así —dijo, intentando sortear tanta aspereza—. Si fuera necesario podría limpiar portales, pero déjame confiar en que puedan servirme los estudios. Soy aparejadora.

El humor era el mejor antídoto contra el tono seco de la abuela. Una risita le hizo mirar al fondo del pasillo.

—Hazla pasar, Nora. No la retengas en el pasillo —sugirió una mujer voluminosa. Caminaba hacia ellas muy erguida, con una mirada cobalto de niña traviesa—. Nos vendrá bien aire fresco en estas tinieblas.

—Hola, Eusebia —saludó Celia.

—Mi niña. Qué alegría verte.

Tras ella, Josefina se precipitó por el pasillo a paso ligero. Le había parecido escuchar la voz de una visita.

—Cuéntanos qué te trae por aquí.

—Estoy confeccionando el árbol genealógico —explicó.

Como si hubiera pulsado un interruptor, Nora endureció su expresión. Celia notó la turbación en sus ojos. Se fue con paso enérgico a su cuarto. El portazo resonó como un disparo.

Las dos mujeres se miraron.

Invitaron a la recién llegada a pasar a la sala, donde una voz radiofónica sulfataba el silencio. Le ofrecieron una taza del café que tenían sobre una mesa camilla.

—Está recién hecho.

—Gracias, Josefina.

Celia observó sus mesas de trabajo y las máquinas detenidas con la labor a medias. Las dos mujeres la contemplaron expectantes.

Abrió la carpeta y sacó viejas fotografías, sus anotaciones y el largo papel plegado en forma de biombo donde había trazado la geometría familiar, una trama arbórea plagada de fechas, lugares, apodos y profesiones. Por parte de su padre y de sus ocho hermanos, la tramoya resultaba selvática. Tenía registrados los nombres de tatarabuelos, bisabuelos y abuelos, casi todos los hermanos de estos, primos y sus cónyuges, sus hijos... Su censo incluía un centenar de personas.

Josefina estiró los dedos y tocó el pliego.

—Esto es precioso, chiquilla. Una sinfonía genética.

Durante veinte minutos les habló de su interés por recoger toda clase de suertes y miserias. Finalmente indicó el hueco que le inquietaba.

—Ahí es donde tienes problemas, ¿verdad? —se interesó Eusebia.

—Sí. Quiero saber cosas del abuelo Teo y, por supuesto, de mi abuelita.

La tos que sonó a sus espaldas las sobresaltó a las tres. Josefina dio un respingo, como si en aquel concilio se hubieran tratado asuntos prohibidos.

—No me llames así, mocosa —dijo Nora con sequedad—. Me aviejas el alma.

Estaba de pie, tras ellas, con los brazos caídos junto al cuerpo. Mostraba un semblante serio. Celia ignoraba cuánto tiempo había permanecido allí, escuchando sus palabras, percibiendo su interés por el pasado familiar. Con la excusa de dejar sobre su mesa la aguja de ganchillo que tenía en la mano, dio unos pasos hacia el mirador.

—De ti, Nora —corrigió Celia, avergonzada—. Quiero saber de ti... Y de él también... El abuelo Teo.

La mujer se quedó quieta. Sin girarse. Al contrario que la esposa de Lot en su huida de Sodoma, parecía temer convertirse en una masa derrumbada. Su temperamento estaba prensado en el molde de sus principios. Su vida quedaba a merced de una intromisión inaceptable. La sed de Celia, que trastornaba su hermetismo.

—No hay nada que saber —remarcó.

—Al contrario. Todo está por saber.

—A nadie le importa. Es un pacto de silencio.

—A mí me importa —objetó Celia—. Por los registros conozco los nombres de tus padres y tus abuelos. Sé dónde nacieron. Con cuántos años se casaron y tuvieron hijos. Sin embargo, apenas sé de ti.

Celia se aproximó y tocó su hombro. El tacto es uno de los vínculos más fuertes entre seres humanos. Un transmisor eficaz que, si es sincero, a la mente le cuesta dismantelar.

Nora declinó el rostro. Celia pensó que la lisura de su piel le restaba los años que le añadían sus ojos tristes.

Sus dos compañeras se miraron y pactaron la retirada. Nora se sentó en el sofá. Permaneció en silencio unos segundos. Alisó el árbol genealógico. Después comenzó a hablar sin alzar la mirada.

Retiró su máscara, esa coraza que ante su propia hija nunca había abierto. Detalló su infancia, la convivencia con sus padres y sus tres hermanas mayores, y también la época en que sirvió en casa de don Hilario, un directivo del Banco Bilbao cuya esposa era una apasionada de la ópera. Habló de sucesos de cuando cursó estudios de corte y confección. Engarzó todo con tal minuciosidad que Celia sospechó que durante años Nora había repasado su vida en busca de algún error. De una clave necesaria para entender el deterioro de su suerte. Parecía que cualquier mínimo olvido o la sugerencia de una sonrisa fueran alta traición.

¿Fueron aquellas hojas de su nieta las culpables de que abriera su alma y ventilara un daño antiguo? No había alivio en la evocación, y aunque sus palabras eran firmes, estaban teñidas de humildad. Solo flaqueó en determinados requiebros de su monólogo, en los que pareció esforzarse por descerrar el misterio de una condena. Condena por una falta que se obsesionó por encontrar. Celia, que dejó de creer en la justicia divina o en la descentrada rueda de la fortuna, dudaba que existiera.

En su fuero interno Nora quizá necesitaba a alguien que formulase la pregunta correcta: qué había sido de su vida; en qué quedó; qué sucedió. “Tal vez yo, sin hacer uso de sofisticados recursos, formulé todo eso”. Con esas palabras intentó

que me hiciera una composición de lugar. Sí, hay decisiones que obedecen a un impulso, un resorte que ha sido convenientemente pulsado. Sin saber muy bien cómo, Celia había rozado el botón oportuno.

En cierto punto de su biografía, Nora sacó un pañuelo y se lo posó bajo la nariz. Tragó saliva. Luego comenzó a hablar de aquel joven que le atenazó el alma y a quien ella hechizó con su hermosura sencilla y su palabra prudente. De un aparador sacó una caja de hojalata. Se sentó de nuevo al lado de su nieta y le mostró fotografías en sepia. Ella con diecisiete años. Con veinte. Con veintidós... También una de aquel joven apuesto. La leontina del reloj le asomaba por la chaqueta.

Resultaba extraño no haber visto jamás el rostro del abuelo, y más aún descubrir algo familiar en su mirada. Una esencia apenas perceptible que a Celia le recordaba a sí misma. No alcanzó a averiguar qué había en esa fotografía que la sobrecogía. Pudo ser un rasgo que no alcanzó a despejar. Un brillo genético.

—Es él, ¿verdad?

Asintió.

No supo si aquel leve temblor de la mano de su abuela se debió a lo emotivo del momento o si era uno de tantos declives. El pulso cansado. La firmeza perdida.

—Era cojo, ¿lo sabías? Decía que tenía la misma tara que Hefesto, dios griego de orfebres y carpinteros.

—Un problema de cadera, por lo que le oí a mi madre.

—Sí. Pero tenía un buen porte. Además, derrochaba simpatía.

Celia creyó que aquellas palabras las pronunciaba otra persona. Alguien que usaba sus labios y humedecía sus pupilas,

un ente que tras haber permanecido ausente mucho tiempo reconquistaba ahora aquel cuerpo. Apenas levantaba la vista de aquella vieja lata de Cola-Cao repleta de fotografías y recordatorios.

Del fondo rescató un retrato de boda. El abuelo se mostraba erguido y atractivo, pero ella le superaba. Parecía una actriz inmortalizada por un artista de la óptica y el papel fotosensible. Ante Celia había una puerta sellada que por primera vez le estremecía abrir. A punto estaba de claudicar, de decirle que dejara reposar sus cosas. Pero la mujer comenzó a hablar de nuevo. Lo hizo con energía renovada, pero sin mirar a su nieta y casi en susurros. “Era el tono de la confianza —recordó Celia—. Habló como si yo no estuviera allí, con la mirada extraviada y la congoja asomada a la voz”.

Cuando se marchó, Teo tenía veintiocho años. Llevaban casados algo más de un año, tras siete de noviazgo. El problema estaba enquistado en una frase. Trece palabras que dibujaban una duda tan grande como para anular una vida: después de emprender un viaje, ella jamás entendió por qué él no regresó.

Esa era la duda.

Ese su silencio.

Ante una lápida, una viuda puede orar y aliviarse con el llanto. El dolor de Nora fue más agudo que un período de luto y condolencia. Ante una desaparición, cualquiera se siente desvalido y necesitado de respuestas. Ese sufrimiento es un abismo insalvable. Una enfermedad sin cura.

Nora explicó que Teodoro trabajaba en una prestigiosa ferretería y algunos días colaboraba en una imprenta ubicada en el muelle Marzana. Cuando no le requerían allí se dirigía

a casa, donde se enfrascaba en numerosas tareas. Eso fue así hasta que comenzaron a dar paseos por el Arenal y el Campo del Volantín, porque según el doctor Ureta caminar era beneficioso para el embarazo de Nora. Se encontraba en la vigésima semana de gestación cuando él le dijo que tenía un encargo, un trabajo que zanjaría en un fin de semana. Por adelantado le enviaron un giro postal con el coste del billete. Habló con don Jacinto, el propietario de la ferretería. Desempeñaba quehaceres que pocos habrían ejecutado con su solvencia, de modo que su jefe le recompensaba con pagas extras o tardes libres. Solicitó librar el sábado. Concedido el permiso laboral, preparó un modesto equipaje y se marchó en el expreso de las nueve de la noche. Sucedió un viernes de cielo plomizo. Un viernes triste, dijo Nora. No obstante, ella le vio salir alegre al descansillo. Un beso y una caricia. Esta fue la última imagen que conservó de él, de pie sobre el felpudo. Y luego bajando la escalera, silbando, menospreciando su cojera.

¿Qué encargo fue aquel? Era pronto para preguntárselo a Nora. Celia lo expresó así en una de mis grabaciones: “Si caldeaba prematuramente el matraz de su intimidad, ella podría cerrar la espita que acababa de entreabrir”.

Tomó su taza de café y dio un sorbo. Estaba helado. Llevaban más de una hora hablando y sopesando el contenido de la caja de latón. Celia alzó una medalla de oro.

—Era suya —explicó Nora—. Me la regaló cuando nos prometimos.

Se levantó.

—Anda, ven conmigo. Ya que he empezado no voy a dejarte a medias.

Cruzó la sala y se internó por el pasillo, un túnel de sombras, penas y ahorro en el recibo de la luz. Abrió la puerta de una alacena.

Durante su infancia Celia le oyó a su madre hablar de un cuarto cerrado, el estudio secreto del abuelo. Ella misma vio aquella puerta, siempre cerrada con llave. Detrás imaginaba un lugar plagado de misterios. En una ocasión vio entornada la entrada, pero solo vislumbró cajas de cartón apiladas en la penumbra. Celia no sabía que ese no era el cuarto en sí, sino una despensa en cuyo extremo había otra dependencia.

Después de abrir esa segunda puerta, con un gesto Nora la invitó a pasar.

“El cuarto del abuelo —rememoró Celia con énfasis, mientras yo tomaba algunas notas—. Era real. Existía”.

La madre de Celia estaba en lo cierto. Aunque nunca pudo ver su interior, durante la adolescencia adivinó su contenido. Un recinto así debía de tener la apariencia de una tumba sin cuerpo, el sepulcro de un espíritu que marchó y nunca regresó. Por respeto a Nora jamás desobedeció la prohibición de entrar allí. Sin embargo, el intento de Celia había fructificado. “De ser real —había pensado unos días antes, enredada en meras conjeturas—, visitarlo será como pisar una cripta”. Una cripta sellada hace muchos años, profanada por sus pasos irreverentes.

Nora tiró de una cadenita y se encendió una lámpara de pantalla cónica. La luz oscilante despertó el aire somnoliento y movió las sombras. Celia estaba petrificada, porque le gustaban las cosas antiguas y se encontraba en un pequeño museo: el *sancta sanctorum* del abuelo, guarida destinada a la lectura, el dibujo y los trabajos manuales.

Era una estancia abuhardillada de unos treinta metros cuadrados, la menor de cuyas paredes medía metro y medio de altura. En el centro había una mesa de trabajo. Junto a ella, un banco de carpintero ataviado con mordaza de tornillo y sargentos colgados de un soporte. Sobre un panel se alineaban herramientas de metal renegrido y mango de madera. En la pared más alta una estantería estaba repleta de libros, catálogos y carpetas. Olía a papel viejo. A rabiosa naftalina. A madera seca. Sobre un caballete permanecía sujeto un tablero con un inconcluso dibujo a carboncillo. En una de las mesas reposaban un barco de madera a medio confeccionar, una radio desmontada, un compás y un bote con plumillas. Las herramientas estaban en sus soportes. Bajo la segunda lucerna había un buró. Tenía la persiana echada como un comercio cerrado por desahucio.

—Venía a menudo a su refugio, ¿verdad?

Nora asintió.

—Le gustaba todo —aclaró—. Creo que esa debilidad suya por las cosas se lo llevó. Se enamoraba de los libros y los planos, de las maquinarias, de los objetos de ingenio. Por las noches él me hablaba de sus asuntos. Me reconfortaba verle feliz.

—¿No salía nunca?

—¡Ah! Piensas que era un ratón tímido y que aborrecía el mundo. Pues te equivocas. Odiaba los bares y las tabernas, porque su padre murió carcomido por la cirrosis. Pero los sábados le gustaba acudir a las tertulias de los cafés. Tomaba torrefactos cargadísimos. Solía decir que si le provocaban insomnio, mejor. De ese modo obtendría algún rato más para quedarse en su taller. Muchos días dormía solo cinco horas.

Nora explicó que el abuelo acostumbraba a charlar con fotógrafos, impresores, periodistas, poetas, limpiabotas y ordenanzas. Todo el mundo en las Siete Calles le conocía y le saludaba con afecto. A ella eso la enorgullecía. Pasear con él era caminar del brazo de un diplomático, no como representante de una nación, sino de una patria artificial que él moldeaba con pericia: la de las ideas, la palabra amigable y el café.

Celia estudió arquitectura técnica. Antes fue coto masculino, pero afortunadamente las mujeres comenzaban a tener cabida en el gremio. Además de profesional de la construcción, siempre fue amante de las maquetas y la geometría. Tomó el barco entre sus manos y quedó fascinada por sus detalles. Se percató de que aquella maqueta, al igual que todo lo demás, estaba limpia de polvo. La pátina del tiempo había amarilleado los objetos, pero curiosamente todo estaba limpio. Intuyó que Nora había entrado allí cada día. Su odio por el hombre que la abandonó... Ese rencor por no haber regresado con ella... Ese enojo celoso por su ausencia... ¡Eran pura patraña!

Adivinó la verdad: Nora aún le quería. Había dedicado la vida a macerar su recuerdo y enmascararlo. Mantenía intacta la imagen de Teodoro, el hombre amado.

—Todavía te importa, ¿no es cierto?

La abuela tardó en contestar, conjurada aún con el silencio.

—Eres suspicaz —se rindió—. Todavía, sí. Le echo de menos. Se marchó hace cuarenta y seis años... Y aún lloro algunas noches. Jamás se lo he dicho a nadie.

Celia se acercó y la abrazó. Por un instante pensó que aquello parecía dramaturgia barata, pero rodearla con sus brazos fue un impulso inevitable. La sintió débil. Indefensa.

Una mujer sacada de su juventud por la acción vandálica de un torbellino. El instante que permanecieron así fue determinante para ambas. Algún vínculo quedó fraguado, un contrato de adhesión mutua que unas horas antes ninguna de los dos habría imaginado posible. Al poco se separaron, como rehu-
yendo cualquier asomo de sensiblería.

—Anda, te mostraré este museo.

Nora volvió a guardar su pena en su cofrecillo sagrado y se convirtió en una exquisita cicerone, guía imprescindible en aquel maremagno de libros y utensilios.

“Aproveché lo inesperado de los acontecimientos y me dejé conducir. Estaba dispuesta a rescatar la silueta de un hombre mediante el roce de sus cosas. ¿De un hombre? ¡De Teodoro Idoiaga, mi abuelo!”